

EL REPORTERO

-Con los más pequeños no suelen malgastar balas; a la mayoría los asesinan por asfixia- balbució Adalberto Guzmán, derrumbado en una de las dos sillas recuperadas de otra vida mejor, y ahora recompuestas para acoger a los más necesitados de los desventurados que pasaban por aquella barraca reconvertida en lo que parecía un dispensario médico.

Adalberto era ya todo un veterano, con 17 años dirigía uno de los grupos de detectores de minas, había visto las dos caras de los aterrorizados: la desesperación infantil y suplicante en las primeras expediciones y el impávido vacío en la mirada, una vez que habían sobrevivido inconscientemente a un número desconocido de aquellas misiones suicidas.

-Es la selección natural- repetía sin escucharse – *yo comencé a patear minas a los 14 años y aquí estoy todavía vivo.*

Pero eso era antes de aquel martes lluvioso, en que una patrulla de la guerrilla entró en el campamento arrastrando a una docena de niñas.

Había estado instruyendo a las últimas incorporaciones. Explicándoles la diferencia entre las minas quiebrapatas, las quiebrapatas químicas, las de abanico y las de sombrero. Aunque algunas veces se planteaba que aquello era una pérdida de tiempo – *¿De qué les serviría saber qué tipo de mina iba arrancarles una pierna, vaciarles el vientre, o reventarles la cabeza?* – había sido capaz de reflexionar en algún momento.

Estaba a punto de terminar la inútil charla con los “pollitos”, cuando una algarabía se elevó sobre el sonido sordo e incesante del agua contra las hojas de los árboles, sobre el lamento de los arroyos condenados a muerte, una vez que el sol desgarrase las nubes, después de aquella tormenta tropical anticipada; mayo todavía no había terminado.

Los gritos de júbilo de los guerrilleros ante la ternura de aquellas muchachas todavía en edad escolar, le hizo apresurar el paso para ver el espectáculo. De pronto se estrelló de bruces contra su pasado reciente, aunque había creído que para él ya era el olvido.

Él llegó a mediados de un torrencial mes de junio, apenas recién cumplidos los 13 años.

Cuando la guerrilla arrasó su aldea muchos corrieron a esconderse, pero él permaneció desafiante y necio en una esquina de la plaza.

No le costó mucho abandonar a su familia. Solamente tuvo que elegir entre el presente bajo los golpes de un supuesto padre sumergido permanentemente en alcohol de maíz, o el hipotético futuro lleno de aventuras y heroicidades; eligió el futuro creyendo que podría cambiar su destino, grabado en el mapa de su espalda y en el arco deformado de la ceja derecha.

La noche en que llegó, también bajo el ruido del agua golpeando en los tejados de hojas de las cabañas del campamento guerrillero, lloró por última vez. Descubrió demasiado tarde que aún era un niño, que todavía no podía controlar la hiel amarga del dolor interior cuando se adhiere a la garganta, que la angustia del amanecer, o del no despertar del próximo día, era más dura que las bastas manos de quien le había repudiado desde su nacimiento.

La tarde noche del martes lluvioso, en el que se dio de bruces con su pasado, le pareció distinguir entre aquella nube de pánico recién llegado el relámpago de unos ojos diferentes. Trató de atraparlos, de perseguirlos, de encontrarlos de nuevo mientras seguía la comitiva, pero tuvo que aceptar el espejismo.

La mayoría de las mujeres guerrilleras le parecían doblemente tristes, doblemente humilladas. No sabía por qué, pero sentía una especie de compasión, lástima o apego; aquella sensación que despertaba la cercanía de alguna de ellas era la misma que sentía cuando recordaba el olor de su madre los domingos de eternidad infantil.

En su grupo de desactivadores no había niñas, a ellas las destinaban al transporte de droga, de mensajes de menor importancia, captadoras de información en la zona enemiga; es difícil sospechar de la inconsistencia y fragilidad infantil, y mucho más si lleva lazos en el pelo.

Adalberto oyó como pasos desacompañados en mitad de la noche del martes al miércoles. En la selva, los sonidos extranjeros parecen destacar de la múltiple sonoridad de cada momento y él ya diferenciaba todos los sonidos: los amistosos, los de peligro y los que no corresponden a cada situación.

Esperó hasta asegurarse que todos los demás dormían. Se deslizó hasta la puerta de la choza y distinguió tres sombras que se acercaban en mitad de la lluvia. Diferenció perfectamente la cojera de una de ellas, la altura de la otra, y arrastrado por los brazos un cuerpo quebrantable con el pelo largo.

La noche se hizo densa e infinita, espesa como el fango que había dejado el temporal.

El día amaneció deshilachado, cubierto con el frío sudoroso que anticipa un mal acontecimiento.

Uno de los capitanes mandó formar a todos en la explanada, en la que ya estaban fuertemente armados los que hoy saldrían de expedición.

Había como urgencia disimulada, como una prisa contenida para evitar preguntas silenciosas y sin respuesta posible.

Se fue la expedición y cada uno se dirigió a cumplir su cometido para ese día.

A él le tocaba la primera ronda del día: de 9 a 12h.

La patrulla estaba compuesta por un sargento mayor, un cabo segundo y cuatro guerrilleros, de los que Adalberto era el de mayor edad. Pasaría a cabo segundo al cumplir los 18.

Su misión era vigilar los alrededores del campamento, y cada ronda era realizada por tres patrullas al mismo tiempo, que giraban en sentido contrario a una de ellas.

Al llegar su patrulla a la alambrada que rodeaba la cabaña donde dormían los últimos incorporados, a la espera de su readaptación, el sargento mayor ordenó alto, que se sentasen y estuviesen alerta.

– *Debo realizar unas comprobaciones en el barracón de las compañeras recién incorporadas* – masculló mientras se alejaba cojeando.

Pasaron unos eternos minutos sin que ninguno levantase la cabeza ni dijese una palabra; todos sabían a qué se refería el Sargento Iván Ríos cuando llegaban nuevas incorporaciones.

La tierra se abrió súbitamente como si un volcán hubiese estallado. -¡¡Al suelo, al suelo!!- ordenó el cabo segundo.

Hermilo, que estaba asomado al desnivel desde el que se veía el camino de subida, salió despedido por la onda expansiva; catorce años no son nada para una granada de mortero.

Corrimos a refugiarnos detrás de las cabañas más cercanas.

El trepidante ruido de los helicópteros, el traqueteo de las ametralladoras, el incesante rebotar de las balas al golpear en las rocas o el sonido seco al introducirse en la madera, hacían que los más jóvenes gritasen desesperadamente sin ser oídos.

Adalberto se arrastró por debajo de la alambrada, zigzagueando como le habían enseñado, llegó hasta la cabaña de las letrinas, se lanzó contra la puerta en el momento que una ráfaga levantó astillas del dintel que se clavaron en la parte alta de la espalda.

Dentro el sargento mayor estaba furioso, gritaba como un loco manoteando el aire como un molino, le golpeó en el pecho tratando de echarlo de nuevo al exterior.

Adalberto pudo ver en el suelo aquel cuerpo quebrantable con el pelo largo. No podía apartar su mirada de aquella niña desmenuzada, y de pronto creyó ver un mustio relámpago, el mismo que el día de la llegada, en aquellos ojos ahora más apagados.

El sargento asestó un puñetazo cargado de ira en su cara, con la fuerza de treinta años de odio, lo acorraló contra la pared y sonó como un golpe seco, un sonido sordo al tropezar contra un cuerpo blando. Aquellos eternos segundos oscuros en que Adalberto resumió toda su maldita vida, fueron la última salida que le quedaba.

Abrió los ojos, el sargento se retorció en el suelo con un boquete ardiente en el estómago.

Miró aquel cuerpo medio desnudo acurrucado en una esquina, desamparado, inerme, aterrorizado y con sus tristes ojos desencajados.

No recuerda nada más hasta verse llorando en aquella silla recuperada de una vida mejor, con la mano de aquella muchacha desconocida entre las suyas y la espalda vendada.

Hoy Adalberto y Yineth han conseguido asilo en Europa gracias a la intervención de una fundación de ayuda a los niños refugiados. Están recuperándose en una granja de esta fundación. Colabora activamente en la recuperación de otros niños desplazados de muchos otros países por diversas causas.

Yineth todavía se estremece con el simple golpe de una puerta, y se le cubre la frente de brillantes gotas de sudor en presencia de cualquier desconocido.

Recuerdo lo que me dijo una de las colaboradoras de esta fundación la última vez que los visité: "Estos niños no son víctimas ni asesinos. Las personas no son buenas o malas. Es algo que les ha pasado"

Y yo sigo cubriendo la información de estos conflictos olvidados para pequeños diarios; para las grandes empresas periodísticas mundiales esto ya no son noticia: siempre hay otros conflictos más recientes que venden más.